

El adolescente y su matriz vital en el mundo actual¹

Margot Shrem

Estamos viviendo y padeciendo acontecimientos disruptivos que nos impactan a todos; eventos que parecen regularizarse como parte de la cotidianidad. Hace cuatro años todos fuimos testigos y sufrimos una pandemia a nivel mundial, el covid-19 se mantuvo como protagonista de la escena durante más de tres años, ocasionando la muerte de más de veinte millones de personas.

Fuimos testigos y padecimos el sufrimiento, la ansiedad y el temor a la muerte que prevaleció todo ese tiempo. Contexto amenazante que nos confrontó con la finitud y vulnerabilidad de la vida, sin embargo, es crudo percatarnos, que ni siquiera han terminado las secuelas dejadas por el covid, y que, a tan solo pocos meses, Rusia, se vuelve protagónico de otra gran tragedia y ataca a Ucrania; y en Octubre de este mismo año, el grupo terrorista Hamas arremete contra Israel y de manera sanguinaria, decapita a cantidad de sujetos, entre ellos a bebés, quema a civiles, despedaza vientres de jóvenes embarazadas, viola a mujeres delante de sus hijos y viceversa, masaca a jóvenes adolescentes que se encontraban escuchando un concierto organizado para la “paz mundial”, ironía de la vida. Lo que resultó una devastación total, con la muerte de 1500 personas y el secuestro de más de 250.

Ante tales hechos terroríficos, cabe preguntarnos: ¿Qué nos sucede como humanidad? ¿Será que nos estamos volviendo bestias en un accionar sin mediar razón, lenguaje y pensamiento?

1 Trabajo leído durante el LXIII Congreso Nacional de Psicoanálisis “Adolescencia: fronteras y límites“, de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, San Luis Potosí, S.L.P., el 8 de diciembre de 2023

Me viene a la mente la locución latina *Homo homini lupus*, “el hombre es el lobo del hombre”. Lobo por la violencia desmedida y sin compasión por el otro; lobo, en tanto es capaz de deshumanizar lo propiamente humano del sujeto al ser la crueldad parte de su naturaleza.

Desde el psicoanálisis, entendemos la crueldad como expresión de la pulsión de muerte o de destructividad, como parte de un funcionamiento narcisista relacionado al ideal del yo, en tanto, su dificultad de renunciar al yo ideal o a consecuencia de las vivencias de desamparo sentidas.

El odio antecede al amor, nos decía Freud (1915) frente a la dificultad del sujeto de reconocer la alteridad y percatarse que hay un otro separado de él, otro diferente y necesario que está fuera de su control. Otro que rompe con la omnipotencia inicial marcando límites y evidenciado cuán desamparados y vulnerables somos.

Referente a lo anterior, A. Berenzin (2003) plantea la crueldad como una condición potencial en todos los seres humanos que en determinadas circunstancias puede activarse. La explica desde dos vertientes, por la semejanza y la alteridad.

La primera, la relaciona con las vivencias primarias de amparo-desamparo, propias de la condición humana, emociones que se encuentran presentes a lo largo de la vida. Para esta autora, el acto cruel intenta destruir lo propiamente humano de sí mismo, esa cualidad humana marcada por sentimientos de indefensión, precariedad y desamparo intentan ser aniquilados haciendo desaparecer del otro lo que también le es propio. “La crueldad destruye la semejanza del semejante”, queriendo con ello, diferenciarse radicalmente de la condición humana.

Por otra parte, A. Berenzin (2010) explica como la alteridad es una fuente de constante problematización para el sujeto puesto que despierta innumerables emociones, afectos amorosos, agresivos en sus diversas magnitudes, siendo la destrucción un modo de anular o desaparecer al otro diferente desvinculándose de él. De allí, que, con su destrucción, el sujeto se repliega nuevamente en sí mismo en un intento de retornar a esa idealización omnipotente que creyó tener.

Recientemente, se exhibió en las pantallas del cine, *Sin novedad en el frente*, película ganadora de cuatro estatuillas de Oscar. Este largometraje muestra las grandes matanzas ocurridas en la primera guerra mundial, en donde, más de ocho millones de personas perdieron la vida, ni hablar de la cantidad de sujetos a quienes les fue arrebatada toda su existencia psíquica. El filme nos muestra el entusiasmo de jóvenes que en su afán de vida se

lanzan al frente sin siquiera saber lo que es un arma, ni a dónde, ni a qué iban. Su único deseo, era visitar París y asistir a la guerra era el puente para lograrlo. ¡Qué trozo de ingenuidad!

Bien decía R. Forster (2001) al citar a Walter Benjamín, que el hombre que volvía de las trincheras no lograba tener palabras para expresar su experiencia, porque toda su vida le fue arrebatada.

Keep calm and carry on, cartel que rodeaba las calles de Londres durante la segunda guerra mundial, alentando a la población londinense a seguir adelante frente a la amenaza de invasión de las tropas hitlerianas. Mensaje de fortaleza, lucha y esperanza, queriendo devolver a la población un trozo de ilusión, una proyección de futuro necesaria para seguir en la vida.

Tal y como lo planteaba Freud (1915) en su artículo *De guerra y muerte*, al escribir sobre la necesidad de perseguir ilusiones durante la guerra como una manera de alivianar parte de los sentimientos displacenteros, ya que la guerra, prosigue: “pisotea con furia ciega todo lo que viene en su camino, como si no hubiese futuro” (p. 279)

C. Bollas (2015) en un interesante artículo titulado: “Psicoanálisis en la edad del asombro: retorno de lo oprimido”, plantea al siglo XXI como la edad del asombro, en tanto, el sujeto parece devenir en un mundo sin ideales y sueños. Se pregunta: ¿Si la humanidad está muerta al no poder construir un futuro como un objeto mental que recoja sueños y los pueda utilizar como una matriz vital de vida?

Lo anterior, me trajo a la memoria un suceso que me ocurrió hace aproximadamente 30 años, me encontraba en un pequeño museo junto al cementerio de Praga en el que estaban exhibidos los dibujos que los niños pintaban en los campos de concentración, impactada y absorta en los detalles de éstos, me percaté que todos los niños que dibujaron en blanco y negro habían fallecido y muchos de los que habían pintado en colores sobrevivieron. Detalle que siempre me pareció curioso, interrogándome si el color era el reflejo interno de un espacio de vida e ilusión, ese Eros, que en su afán de vida busca enlazarse a algún objeto mental con un tinte de color pese a los escombros que intentan su destrucción.

Churchill ya lo decía cuando pronunciaba una y otra vez: “El éxito es ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo”. Pero, cómo no perder el entusiasmo y seguir adelante cuando el tiempo pasa, estamos a ciento nueve años de la Primera Guerra Mundial y a setenta y ocho años del fin de la Segunda, y, sin embargo, el tiempo parece girar en una especie de atemporalidad circular, en donde la malignidad se perpetúa como una

sombra indeleble que se resiste a desaparecer. Sombra que habla de una crueldad aterradora que impera en nuestra psique y que forma parte de nuestra cotidianidad.

Leo el intercambio epistolar que sostuvieron Einstein y Freud en 1932 y parece que fuera escrito hoy. Einstein le pregunta a Freud: ¿existe un medio de librar a los hombres de la amenaza de la guerra? Siete años más tarde Hitler invade a Polonia y se inicia la segunda guerra mundial. He allí la respuesta.

“Las guerras no podrán cesar mientras los pueblos vivan en condiciones de existencia tan diversas, mientras difiera tanto el valor que cada uno de ellos atribuye a la vida del individuo y mientras los odios que los dividen sigan siendo unas fuerzas con tanto imperio en lo anímico” (Freud, S. 1915, p. 278).

Dentro de este panorama sombrío se nos convoca a pensar sobre la adolescencia, me pregunto: ¿Cómo transitará el joven adolescente esta especie de deshumanización que nos acompaña? ¿Cómo afectará su estructura mental la violencia desmedida que observa en su entorno? ¿Cómo incorporar los límites tan necesarios en ese adolecer, cuando se encuentra viviendo en un mundo de tanta ambigüedad, en el que los límites entre las normas y la transgresión se diluyen, lo normal y patológico pierde vigencia y los valores a sostener o a condenar se hallan en un terreno tan movedizo?

Hace poco, un paciente con angustia me comentaba que su hijo de 17 años era discriminado en su colegio por decir que era heterosexual en un momento en el que se realza el movimiento LGTB, el chico ansioso a la par que molesto se preguntaba si era “normal” no haber tenido novia a esa edad. Cuestionamiento que escuchó con un dejo de duda en cuanto a su elección, ya que, si bien él se percibe como heterosexual, pienso que el sentirse discriminado cuando lo planteó delante de sus compañeros, lo llevó a confundirse en un momento vital en su elección objetal. ¿Seré heterosexual, aunque no tenga novia? ¿Me tendré que adherir al movimiento LGTB que tanto ruido y voz tiene?

Desplazamientos laxos en una etapa tan crítica y de tantos cambios, forjando inscripciones subjetivas fluctuantes que pueden ocasionar una sensación de desamparo al no tener referentes simbólicos que le den al joven adolescente cierta estructura, lo que puede generarle malestar y sufrimiento en un momento vital de su vida.

En esa exploración y redefinición incesante los imperativos de la sociedad contemporánea permean en él, necesitando referencias y referentes, valores

y significaciones que actúen como elementos que den sentido a su vida.

Pero este mundo convulsionado que nos habita corre en detrimento de su torbellino interior, encontrándose frente a un sistema referencial debilitado, con grietas en las instancias legitimadas como la familia, los gobernantes y una marcada y desmedida violencia.

Y así, vemos cómo el entorno en su poder socializador y normativo deja de ser un “ambiente facilitador”, en palabras de Winnicott, que ayude a atemperar y canalizar el embate pulsional y las continuas resignificaciones y contradicciones en las que se encuentra, sino de manera contraria, incrementa el caos y la difusión de su incipiente identidad.

Lo anterior, puede generar en el adolescente dos posibles caminos en su transitar: la retracción o la expansión. El primero, es el chico que vemos retraído, metido en su mundo interno en una suerte de exilio personal. Estos son los jóvenes que frente al temor, incertidumbre o incógnita del futuro se apartan de su entorno en una especie de regresión narcisista, refugiándose y dependiendo por completo de los padres como escudos protectores, es lo que conocemos como fenómeno de Peter Pan, son los muchachos que temen crecer. El otro camino, es lo contrario, son aquellos adolescentes que se alejan de casa buscando identificarse con figuras a quienes se les atribuye un poder supremo, y así, pueden dejarse llevar por líderes de movimientos fanáticos, pensando que la agresión y la guerra le brindaran un lugar de fortaleza, reconocimiento y seguridad.

No podemos olvidar, como bien lo señalo Ajuriaguerra, J. (1965) que la aparente omnipotencia del adolescente muchas veces no es más que el espejo de la impotencia que les es revelada internamente. De allí, el cuidado que hay que tener con los chicos en esta edad de tanta vulnerabilidad.

Sabemos que en la adolescencia el entorno juega un papel primordial en su estructuración psíquica, así como el vínculo con la familia, vecinos, pares y con los valores que son socialmente construidos por las costumbres y la cultura; cuando en el ambiente hay actores armados y situaciones siniestras, el miedo y la desconfianza permean el psiquismo aún tan vulnerable del adolescente, construyendo imaginarios y formas de relación mediados por los valores y símbolos propios de la guerra.

No me es extraño, por ejemplo, que, en el Medio Oriente frente al poderío de los grupos terroristas, Hamas, Hetzbola y las atrocidades que ejercen, mutilación de cuerpos, violencia ejecutada sin límites ni control, unida a la hambruna que vive su población, los adolescentes aprendan que

las armas dan fuerza, reconocimiento y sobrevivencia, lanzándose al embate en una suerte de manada siniestra.

Aquí en México recientemente se estrenó la película *Radical* de Eugenio Derbez, filme que muestra el narcotráfico, la violencia y la corrupción que impera en el país, en ese caso, en Matamoros, ciudad que en su nombre delata un dejo fatídico.

Derbez nos deja ver como los adolescentes viven y transitan en un entorno de guerra, donde el sonido de disparos y cuerpos sin vida en medio de la calle forman parte del oscuro escenario desesperanzador; presente tan sombrío que inocula cualquier atisbo de ensoñación al no tener perspectivas claras de un futuro.

“Radical” habla del peligro de la radicalización, de los odios que trae consigo, de la violencia, ceguera, indiscriminación y dificultad para aceptar la alteridad. Derbez incursiona en la violencia social de una ciudad que crece sin ilusiones, como diría Yolanda Gampel, radioactiva, puesto que el terror se infiltra en la población y cualquier destello diferente es abolido o en el mejor de los casos sumergido en el secreto al no ser permitido.

Como analistas somos testigos de los efectos de estos sucesos en la psique, NOS preguntamos sobre las consecuencias que para el adolescente se plantean el vivir en un mundo tan dantesco, convulsionado, bombardeado de tantas manifestaciones de narcisismo maligno y pulsión de muerte. Registros internos que nos interrogan acerca de cuál será su matriz vital de vida. Para dar un dato, de acuerdo con la organización mundial de la salud, la tasa de suicidios entre los jóvenes ha ido en aumento desde la pandemia, hasta tal punto, que en la actualidad son el grupo de mayor riesgo.

Para finalizar, quiero leer un trozo de la leyenda indígena *La conquista del fuego*, mencionada por Freud (1932), cuando el indio le pregunta al coyote: qué es el fuego y éste le responde.... “El fuego es como flores rojas, pero sin ser flores. Abrasa y se extiende por la hierba. Devora todo lo que encuentra a su paso, como una bestia, pero sin ser una bestia. Es peligroso, y feroz, pero si se le hace una cama de piedras alrededor y se le da de comer ramitas de árbol, se muestra amigo y se vuelve dócil.”

Pero, cómo volverlo dócil, ¿Cómo atemperar a ese *homo homini lupus* tan feroz que llevamos dentro para que nuestros adolescentes exacerben esa matriz vital de vida? ¿Cómo trabajar como analistas para humanizar en un mundo que se recrea con la deshumanización? ¿Cómo rescatar la pulsión vida, matriz vital generadora de vínculos y de espacios psíquicos para crear, vivir, ensoñar y disfrutar?

Resumen

La autora reflexiona sobre los diversos eventos disruptivos que han sucedido a lo largo de la historia- guerras, terrorismo, embates cargados de violencia que se hacen cada vez más continuos dejando ver la deshumanización que habita en la actualidad. Teoriza sobre el origen de estos hechos.

Se pregunta sobre las consecuencias que para el adolescente se plantean el vivir en un mundo tan convulsionado, bombardeado de tantas manifestaciones de narcisismo maligno y pulsión de muerte. Registros internos que permean su matriz vital de vida.

Palabras Claves: Violencia- Deshumanización- Muerte- Adolescencia

Summary

The author reflects on the various disruptive events that have happened throughout history - wars, terrorism, violent attacks that are now happening with ever greater frequency, revealing the dehumanization that exists today. She theorizes about the origin of these events.

She wonders about the consequences this has for adolescents living in such a turbulent world, filed with so many manifestations of malignant narcissism and the death drive. Internal registers that permeate the vital matrix of life.

Bibliografía

- AJURIAGUERRA, J. (1965). *The Body percept*. New York. Rondon House
- BERENZIN, A. (2003). *Acerca de la crueldad y la hospitalidad*. Clínica Psicoanalítica ante las catástrofes sociales. Editorial Paidós- Argentina.
- (2010). *Sobre la crueldad*. La oscuridad en los ojos. Psicolibro ediciones. Buenos Aires- Argentina.
- BOLLAS, C. (2015). *Psicoanálisis en la edad del asombro: retorno de lo oprimido*. International Journal of Psychoanalysis en español 1:581-604.
- FORSTER, R. (2001). *Walter Benjamin y el problema del mal*. Grupo editorial Altamira- Buenos Aires.
- FREUD, S. (1915). *Pulsiones y destinos de la pulsión*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1915). *De guerra y muerte*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1932). *Sobre la conquista del fuego*. Tomo XXII. . Buenos Aires: Amorrortu
- GAMPEL, Y (2002). *Tauma Social*. Revista de Psicoanálisis (APdeBA), Vol. XXIV, N° 1/2